

Paulina Machuca

“El sueño de un gran Pacífico en el ‘tercer y nuevo mundo’: la jornada de Camboya de 1596”

p. 163-188

A 500 años del hallazgo del Pacífico

La presencia novohispana en el Mar del Sur

Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos (coordinadoras)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

426 p.

Ilustraciones, mapas y cuadros

(Serie Historia General, 33)

ISBN 978-607-02-7713-9

Formato: PDF

Publicado: 9 de septiembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hallazgo_pacifico/novohispana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

EL SUEÑO DE UN GRAN PACÍFICO EN EL “TERCER Y NUEVO MUNDO”: LA JORNADA DE CAMBOYA DE 1596

PAULINA MACHUCA
El Colegio de Michoacán
Laboratorio de Análisis y Diagnóstico del Patrimonio

*Todos los gobernadores que en las Islas Filipinas
del Poniente han gobernado aquel tercero
y nuevo mundo han procurado ensanchar [...] la
religión cristiana en aquel gran archipiélago.¹*

Miguel de Jaque de los Ríos de Manzanedo

Introducción

En el año de 1593, arribó a la ciudad de Manila una embajada proveniente del reino de Camboya que tenía como objetivo solicitar la ayuda del gobernador de Filipinas ante la amenaza que los camboyanos libraban frente al vecino reino de Siam (Tailandia). La embajada iba encabezada ni más ni menos que por un intrépido soldado portugués llamado Diogo Veloso o Diego Belloso, quien llevaba consigo una carta escrita en lengua portuguesa y firmada en Camboya con fecha del 20 de julio de 1593. En ella, el soberano Sâtha —identificado así en las fuentes castellanas— se dirigía al gobernador

¹ Es probable que la expresión de “tercer mundo” para referirse a las islas Filipinas fuera común en la época, pues además de encontrarla en Miguel de Jaque en la década de 1590 la localizamos en Francisco Samaniego, fiscal de Manila hacia 1650; véase Jean-Pierre Berthe, “Las Islas Filipinas ‘Tercer mundo’, según don Francisco Samaniego (1650)”, en *Estudios de historia de la Nueva España: de Sevilla a Manila*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara, 1994, p. 297-318.

“das yslas da Luçao” porque tenía deseos de amistad y comercio con Manila, pero sobre todo buscaba protección y le pedía socorro de mil hombres y una nao para hacer frente a los embates siameses. A cambio, Sâtha ofrecía libertad para evangelizar a su gente con la doctrina cristiana, así como su entera disposición para conquistar el reino de Champa, un punto estratégico que servía de escala y puente con Camboya.² La embajada traía consigo dos elefantes y accesorios de oro como obsequio para el gobernador de Filipinas.

Este episodio se inscribe en un contexto clave para los dominios de la monarquía hispanolusitana en las llamadas “Indias Orientales”, justo cuando se estaba definiendo eso que Maquiavelo llamaba la transición entre la conquista y la consolidación del poder político del territorio ocupado, de ahí que la finalidad del presente trabajo consista en demostrar que los acontecimientos que rodearon la Jornada de Camboya —es decir, el intento de un grupo de españoles que, a manera de empresa privada, trataron de conquistar dicho reino en el año de 1596 y sobre el que volveré más adelante—, lejos de ser un suceso aislado más bien formó parte de un acentuado espíritu de conquista y afianzamiento de aquellos territorios del sudeste de Asia que para fines del siglo XVI y principios del XVII se encontraban en manos de musulmanes y otros grupos considerados como “paganos”. La unión de las dos Coronas a partir de 1580 propició que tanto lusos como españoles compartieran esta visión y plantearan conquistar, para Felipe II, desde la India hasta Japón, desde el Índico hasta el Pacífico, a pesar de los recelos históricos entre una nación y otra.³

Para ello, disponemos de tres tipos de fuentes: *a*) algunas cartas y documentos que proceden del Archivo General de Indias y que se produjeron en la década de 1590 y los primeros años del siglo XVII con motivo de la incursión en Camboya; *b*) ediciones facsimilares y versiones paleográficas de personajes civiles y eclesiásticos que es-

² “Copia de carta del rey de Camboya proponiendo amistad”, AGI, *Filipinas*, 18B, r. 3, n. 20.

³ Este tema es abordado sucintamente por C. R. Boxer, “Portuguese and Spanish Projects for the Conquest of Southeast Asia, 1580-1600”, *Journal of Asian History*, v. 3, n. 2, 1969, p. 118-136.

cribieron sobre los episodios relacionados con el tema, tales como fray Diego Aduarte, Miguel de Jaque de los Ríos y Manzanedo, Antonio de Morga, Marcello Ribadeneyra y Gabriel de San Antonio, y c) material bibliográfico, en especial las contribuciones de Bernard P. Groslier y C. R. Boxer.

Para la organización del texto, abordamos en un primer momento el contexto en que se inscribe la idea de formar un gran Pacífico para la monarquía de los Habsburgo, que incluía además las posesiones del océano Índico bajo el dominio lusitano. En segundo analizamos cómo esta idea dio lugar a un hecho concreto, la llamada “Jornada de Camboya” acontecida en 1596 que culminó en el fallido intento de conquistar dicho reino, y finalmente explicamos las reacciones posteriores a dicha jornada y cómo se frenó el ánimo conquistador con la vuelta de siglo.

Sñar con un gran Pacífico

Entre 1581 y 1600, el arzobispo de Malaca, João Ribeiro Gaio, propuso ambiciosos proyectos de conquista territorial que implicaban una cooperación hispano-portuguesa y la utilización de Manila y Malaca como bases de operación. Uno de ellos contemplaba la toma de Siam, donde gobernaba Ayuthia, el “rey Negro”, que por su seudónimo se dejan entrever algunas prácticas que se le atribuían: quemar vivos en aceite a sus enemigos, arrancarles la carne con pinzas y dejarlos pisotear por elefantes.⁴ Ése fue uno de los argumentos que se esgrimieron para el plan de intervención, pero en el fondo se codiciaba el reino de Siam por su riqueza en recursos naturales como benjuí, índigo, madera para la construcción naval, y por localizarse en un cruce importante de mercancías.⁵ Los

⁴ Boxer, *op. cit.*, p. 129.

⁵ En octubre de 1585, se informó al gobernador de Filipinas, don Santiago de Vera, sobre las riquezas y bondades que los soldados españoles Juan Rodríguez de Noruega y Hernán Muñoz de Poyatos habían podido observar en territorio siamés, luego de que llegaran accidentalmente a él tras un desvío que sufrieron desde Macao. “Información sobre Siam”, AGI, *Filipinas*, 34, n. 69.

argumentos sobre la supuesta maldad de Ayuthia, su animadversión para con los cristianos, eran más que suficientes para legitimar cualquier intentona de conquista.⁶ Otros portugueses y españoles de tiempo atrás ya habían manifestado los mismos deseos expansionistas, y prácticamente bajo la misma modalidad, hacia otros reinos asiáticos. Por citar algunos ejemplos, una de las tareas encomendadas al gobernador general de Goa en 1572, António Moniz Barreto, fue la conquista de Aceh (Indonesia), situado a las puertas del estrecho de Malaca, pues el sultán de dicha demarcación estaba recibiendo ayuda y municiones de los turcos que ponían bajo amenaza a los portugueses, pero además se había establecido entre ambos un próspero comercio de pimienta vía el Mar Rojo que afectaba los intereses mercantiles lusitanos. Otros más deliberaban si era mejor conquistar Ceilán, rico en canela, donde los portugueses controlaban únicamente las regiones costeras. Diogo do Couto, en su *Dialogo do soldado pratico*, consideraba que la conquista tanto de Aceh como de Ceilán eran necesarias, pero pensaba que primero se debía incursionar en Monomotapa (Zimbabue, al sur de África). Volviendo al obispo Ribeiro Gaio, quien plasmó a detalle las formas en que dichas incursiones militares debían ejecutarse, estaba convencido de que la subyugación de Siam debía ser la punta de lanza de la toma de Camboya, Cochinchina y China.⁷ Precisamente el obispo planteó este proyecto después de 1580, es decir, en el periodo de las Dos Coronas. De acuerdo con Sanjay Subrahmanyam, estos planes se inscriben en un proceso de “hispanización de la concepción lusitana de imperio”, basado en la conquista territorial y el control del comercio marítimo, con un énfasis en la “verdadera colonización” de la región a ocupar, teniendo en cuenta que los españoles eran individuos “arraigados a la tierra”.⁸

⁶ Algunos aspectos de este tema los aborda Sanjay Subrahmanyam, *L'empire portugais d'Asie, 1500-1700*, París, Points, 2013, p. 219.

⁷ Esta información está contenida de manera más precisa en Boxer, *op. cit.*, p. 118-125.

⁸ *Ibidem*, p. 193-194.

Del lado español, uno de los mayores promotores para extender el dominio español más allá de Filipinas fue el gobernador general Francisco de Sande (1574-1580), quien admirado por las noticias que iban llegando del imperio chino, de su cultura, de su tecnología y su importancia militar, no tardó en proponer su conquista, convirtiéndose casi en una obsesión para él. En una carta dirigida a Felipe II le manifestaba: “Yo me ofrezco de servir a vuestra majestad en esta jornada [la conquista de China], y la deseo tanto que no la sé encarrecer [...] y si Dios me hiziera muy gran señor, no dudara de gastar en ello todo mi patrimonio el día que vuestra majestad lo mandara”.⁹ Una de las razones para los españoles de expandir su dominio era, como bien lo señaló Luis Alonso, que la década de 1580 constituye un punto de inflexión para los planes de la monarquía en Filipinas: al no encontrar abundancia de especias en este archipiélago —especialmente la pimienta—, la política se reorientó más bien a la creación de un imperio asiático, paralelo al americano, y “esto explica los intentos de conquista y de expansión del territorio filipino a las islas colindantes”, pero además a la tierra firme, donde China era vista como “una gran potencia mundial”.¹⁰ Sin embargo, tras la derrota de la Armada Invencible en 1588, la Corona optó por una política belicosa más moderada, y fue entonces cuando se abandonó la utopía de conquistar China.

Ahora bien, tanto del lado portugués como del español, existió en sus respectivos ámbitos una voz contraria a tan arriesgadas empresas, pues la escasez de soldados y municiones hacía prácticamente imposible cualquier posibilidad de victoria. En el caso concreto de Filipinas, personajes como Antonio de Morga consideraban que la presencia española aún no terminaba por consolidarse en el archipiélago, constantemente amenazada por Mindanao en el interior, por los propios chinos de Manila, y aún por otras naciones europeas como Holanda e Inglaterra. Entonces, esta postura clamaba por una consolidación primero en los lugares ya ocupados antes de

⁹ Citado en Luis Alonso Álvarez, *El costo del imperio asiático. La formación colonial de las islas Filipinas bajo dominio español, 1565-1800*, México, Universidad da Coruña/Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2009, p. 32.

¹⁰ *Ibidem*, p. 30-31.

cualquier aventura expansionista que pusiera en riesgo los espacios ganados.¹¹

Los ojos miran hacia Camboya

De todos los proyectos de conquista mencionados arriba, en realidad ninguno se concretó en los años sucesivos. No fue sino hasta los llamados de auxilio de Sâtha, soberano de Camboya, que de la tinta corrida sobre numerosas hojas de papel se pasó a una experiencia real. Desde principios del siglo XVI, Camboya libraba una fuerte lucha contra su vecino, el reino de Siam, pero no se trataba de una nación ampliamente conocida por los europeos hasta ese entonces; fue a partir de la conquista lusa de Malaca, en 1511, que los occidentales conocieron Camboya. El primer europeo en escribir brevemente acerca de esta nación fue el apotecario Tomé Pires, a través de su obra *Suma oriental*, escrita en Malaca e India entre 1512 y 1515. En su obra, destacaba la abundancia de comida y la gran cantidad de caballos y elefantes: “La tierra de Camboya produce cantidades de arroz y buena carne, pescado y vinos de su propio tipo; y este país tiene oro; tiene laca, muchos colmillos de elefantes, pescado seco, arroz. Finos algodones de Bengala, un poco de pimienta, clavos, bermellón, mercurio, abalorios rojos”.¹² Años después, algunos misioneros portugueses, como Gaspar da Cruz, comenzaron a trabajar su labor evangélica a dicho territorio, aunque no con el éxito esperado.¹³

¹¹ Las dos posturas pasan al interior de las instituciones; como ejemplo, los jesuitas también estaban divididos en relación con la ocupación de China, pues mientras jesuitas como Alonso Sánchez defendían con ardor la conquista de este territorio, algunos superiores de la Compañía de Jesús en Nueva España, y de la cual dependía la misión jesuita de Manila, dudaban seriamente del proyecto: este tema es abordado por Manel Ollé, *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Barcelona, El Acantilado, 2002, en especial p. 160-164.

¹² J. Jetley, *Suma Oriental of Tome Pires. An Account of the East, from the Red Sea to China. Written in Malacca and India in 1512-1515 and The Book of Francisco Rodrigues. Pilot-major of the Armada that Discovered Banda and the Moluccas*, Nueva Delhi, Asian Educational Services, 2005, p. 112.

¹³ Para conocer más sobre los primeros evangelizadores en Camboya, véase Bernard P. Groslier, *Angkor et le Cambodge au XVIe siècle. D'après les sources portugaises*

Un acontecimiento histórico que debemos tomar en cuenta es que hacia 1432, Angkor, la poderosa capital del reinado khmère, fue abandonada tras enfrentar cruentas luchas con los vecinos siameses. A partir de entonces, los reyes de Camboya decidieron replegarse hacia el interior del país, lejos del enemigo próximo,¹⁴ el centro de gravedad se cambió entonces de Angkor a Phnom Penh, y además de razones militares este hecho estaba relacionado con la expansión del comercio marítimo chino con el sudeste de Asia, y particularmente con la parte continental. De esta manera, la comodidad de Phnom Penh como nueva capital de Camboya, se debió a su localización en la confluencia del río Mekong y el gran lago de Tonlé Sap, afluentes que se mencionan en los documentos hispanos (véase figura 1).¹⁵

En la década de 1580, el rey camboyano Sâtha solicitó ayuda a Malaca para hacer frente a la amenaza de Siam, pero también de piratas malayos y de los primeros corsarios holandeses e ingleses que aparecían en la región. Acudieron al llamado dos dominicos misioneros, Lopo Cardoso y João Madeira —este último reemplazado por Sylvestre d’Azevedo—, quienes arribaron a Lovek entre 1584 y 1585. Sobre este hecho, Donald Lach sostiene que, si bien Sâtha no estuvo del todo de acuerdo con las enseñanzas y la misión evangelizadora lusa, no tuvo otra opción que tolerarlas, pues veía a los portugueses como intermediarios políticos con Malaca. Con el tiempo, Azevedo lograría reunir a un grupo de cristianos conversos entre japoneses, chinos y malayos, y solicitó la presencia de un mayor número de misioneros portugueses para la conversión de Camboya; sin embargo, la ayuda política y militar que esperó Sâtha de Malaca nunca llegó.¹⁶

et espagnoles, París, Presses Universitaires de France, Annales du Musée Guimet/Bibliothèque d’Études, t. LXIII, 1958, p. 28-34.

¹⁴ Una síntesis del periodo Angkor preoccidental se puede encontrar en Groslier, *op. cit.*, p. 7-26.

¹⁵ Para una revisión del contexto de Camboya antes y después de la llegada de los españoles, véase David Chandler, *A History of Cambodia*, Chiang Mai, Silkworm Books, 1998, en especial p. 77-98.

¹⁶ Donald F. Lach, *Asia in the Making of Europe. The Century of Discovery*, Chicago/Londres, The University of Chicago Press, 1965, v. 1, libro 1, p. 309-314.



Figura 1. Mapa actual de Camboya

Fue entonces cuando, declinante y sin riquezas suficientes, Sâtha echó mano de los intrépidos aventureros Diogo Veloso, Blas Ruiz de Fernán González y Gregorio de Vargas Machuca —portugués el primero y españoles los segundos—, y pidió auxilio al gobernador de Filipinas mediante una embajada que envió al archipiélago en 1593. Pero el entonces gobernador de Filipinas, Gómez Pérez Dasmariñas, tenía ante sí otras preocupaciones que atender urgentemente: primero, Japón le había exigido sumisión y tributo, lo que significaba una ruptura en las relaciones comerciales con Luzón; segundo, el gobernador organizaba por aquellas fechas una expedición a las Molucas con el fin de conquistar la fortaleza de Terrenate. Ante este escenario, el gobernador Dasmariñas alcanzó a enviar una respuesta a Sâtha con el fin de “entretenerlo”, sin afirmar o negar su ayuda sino simplemente agradeciéndole su amistad y enviándole algunos presentes de esmeraldas, un caballo y “otras cosas”.¹⁷ Así, en octubre de 1593 Dasmariñas zarpó de Cavite rumbo a las Molucas, y al segundo día de navegación fue asesinado a manos de un grupo de sangleyes amotinados en su embarcación. Los detalles de su muerte y de la sucesión en el gobierno del archipiélago los detalla Antonio de Morga en los *Sucesos de las Islas Filipinas*.¹⁸ Lo que vale la pena destacar aquí es que, a pesar de ciertas resistencias, lo sucedió su hijo, Luis Pérez Dasmariñas, quien reconociendo a Veloso como embajador del soberano de Camboya le respondió a nombre de su padre con una misiva fechada el 8 de febrero de 1594 que se detalla a continuación.

¹⁷ Antonio de Morga, *Suceso de las Islas Filipinas*, edición crítica y comentada y estudio preliminar de Francisca Perujo, México, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 34-35.

¹⁸ *Ibidem*, p. 32-40. Sobre este episodio, también Miguel de Jaque de los Ríos de Manzanedo dedicó algunas páginas, en que califica a los chinos como “la más flaca y para poco nación de cuantas hay en estas partes aunque la más traidora”. De acuerdo con Jaque, el gobernador Dasmariñas había sacado del Paríán a los chinos “con paga, aunque todos iban contra su voluntad”, y los había subido a bordo bajo estas condiciones. A la altura de la isla de Mindoro, todavía en Luzón, los chinos se sublevaron contra los españoles y mataron con catanas de Japón a soldados y al mismísimo gobernador; véase Miguel de Jaque de los Ríos de Manzanedo, *Viaje de las Indias Orientales y Occidentales. Año de 1606*, edición, introducción y notas de Ramón Clavijo Provencio y José López Romero, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2008, p. 68. Agradezco la gentileza de Salvador Bernabéu por proporcionarme este valioso material.

Carta de Luis Pérez Dasmariñas al rey de Camboya

Al rey de Camboya¹⁹

Don Luis Pérez Dasmariñas, caballero de la orden de Alcántara, gobernador y capitán general de Luzón por el rey de Castilla, nuestro señor, salud y prosperidad.

Habiendo el gobernador, mi padre, despachado al capitán Diego Veloso, vuestro embajador, y dándole carta que será con ésta Dios, nuestro señor, en cuya mano y divina providencia está la muerte y la vida, fue servido de llevarse para sí a mi padre, al cual yo sucedí en el cargo y en la buena voluntad y amor con que acudió y se ofreció a cuanto fuere del gusto y servicio del rey de Camboya, lo cual yo continuaré con las veras que representará el portador y para muestra de esto, por que Diego Veloso no fuera solo, envió a Diego de Villanueva con esta respuesta que es un hijodalgo honrado y de buenas partes y que podría ser allá de algún servicio y aprovechamiento en cosas de minas, y por ser muy diestro en el conocimiento de ellas, y beneficio de los metales, con él se podrá tratar de vuestra voluntad, y lo que tocare al bien de ese reino y darle crédito en lo que de mi parte dijere y ofreciere, holgáreme mucho que nos tratemos y comuniquemos porque los de Camboya hallarán en mí, siempre que vengan, acogida y amor de padre, y cierto que quisiera hallarme con algunas curiosidades desde España para enviarlas al rey de Camboya en señal de amor y amistad, pero a otro viaje, Dios queriendo, estaré más prevenido y en el entretanto daré cuenta al rey, nuestro señor, de esta nueva amistad y camino que se ha abierto a una contratación y correspondencia entre nosotros, tan útil y agradable a todos de que espero ha de resultar gloria a nuestro gran Dios y muchos buenos efectos, y que así la ha de alabar y favorecer el rey nuestro señor y holgarse mucho de que en todo se siga vuestro contento y gusto como le daré yo en cuanto se ofreciere. Nuestro señor, Dios, os guarde y prospere. En Manila, 8 de febrero de [15]94.

“Copia de carta de Luis Pérez Dasmariñas al rey de Camboya”,
AGI, *Filipinas*, 18B, r. 4, n. 26

¹⁹ He modernizado la ortografía y desarrollado las abreviaturas originales de esta carta.

Al leer la carta, en primer lugar es sintomático que Dasmariñas se refería a sí mismo como “gobernador y capitán general de Luzón”, señal de que la administración hispana controlaba el norte de las islas, pero apenas si ganaba terreno en las Bisayas, y menos aún en Mindanao. En segundo lugar, notemos que Dasmariñas propuso a Diego de Villanueva, “muy diestro en cosas de minas” para que fuese a Camboya, lo que es un indicativo de lo que buscaban Dasmariñas y compañía en aquel reino. En tercer lugar, si hacemos un balance de la respuesta de Dasmariñas observaremos que jugó con la ambigüedad, pues al mismo tiempo que reconocía el “camino que se ha abierto a una contratación y correspondencia” entre ambas naciones, también dejaba en claro que antes de enviar ayuda “daré cuenta al rey, nuestro señor, de esta nueva amistad”. En cuarto lugar, Dasmariñas dejó claro quién llevaría el control de aquellas tierras en caso de intervenir la Corona española, pues en el gobernador y capitán general de Filipinas hallarían “acogida y amor de padre”, sobre lo que hay que notar el énfasis en el paternalismo castellano sobre los camboyas. Ahora bien, debemos observar en la postura del soberano de Camboya una preocupación creciente por las amenazas externas pero también internas, y esto habría cambiado su posición hacia los misioneros católicos, permitiéndoles predicar y enviando regalos de arroz a los recién colonizados centros de Malaca y Manila a cambio de promesas de apoyo militar.²⁰

Cuando Veloso regresó a Camboya con esta carta y algunos presentes para el soberano, encontró sorprendentemente que dicho reino había sido invadido por los siameses y Sâtha había huido con su familia al reino de Laos. El rey de Siam tomó los regalos, apresó a Veloso y su gente y los llevó a su tierra. El portugués, temiendo lo peor, logró convencer al soberano para que lo dejara ir a Manila con el pretexto de entablar amistad, pues alegaba Veloso que conocía bien a las autoridades de Luzón. Accedió el primero a enviar una nueva embajada a Manila con ropa y elefantes por medio de Veloso, pero éste, deshaciéndose de los siameses que lo acompañaban, se apoderó del junco y logró llegar a Manila en 1594 donde suplicó a Luis Pérez Dasmariñas que enviase a gente a combatir al

²⁰ Chandler, *op. cit.*, p. 84.

usurpador que había tomado el lugar de Sâtha. Éste, entusiasmado, comenzó a reunir a la gente necesaria para la esperada Jornada de Camboya.

La Jornada de Camboya

Vecinos y residentes en Manila recibieron con agitación el año de 1596. Ante las noticias traídas a Manila por Veloso, Luis Pérez Dasmariñas decidió enviar a Camboya una expedición para quitar al rey “usurpador” y empezar una alianza comercial. Algunas voces contrarias, como la de Antonio de Morga, en ese entonces teniente general de Filipinas, no se escucharon lo suficiente:

El doctor Antonio de Morga, teniente general, y con él el maese de campo Diego Ronquillo y otros capitanes y personas de cuenta, trataron del negocio a don Luys, hasta llegar a pedirle por escrito se dejase de la jornada. Y aunque no tenía razón por su parte con que satisfacer, hallándose tan prendado y teniendo a los dichos religiosos de Santo Domingo de su parecer, no quiso mudar de intento.²¹

No debemos pasar por alto que en el periodo de 1590 a 1598 se suprimió la Real Audiencia de Filipinas, lo que dejaba en manos de una persona —el gobernador general— y algunas élites eclesiásticas poderosas decisiones y amplio margen de actuación. No existía, pues, el contrapeso necesario para evitar tan arriesgadas empresas como la que Dasmariñas pretendía ejecutar. Ya con el otro Dasmariñas, padre, Manila se había quedado desierta cuando se fue a “la jornada del Maluco”, pues la mayoría de los soldados se habían embarcado con él y la ciudad quedó a merced de amenazas enemigas, que en ese entonces ya eran muchas.

La expedición salió adelante y se organizó de la siguiente manera: se enlistaron alrededor de 120 soldados distribuidos en tres embarcaciones, la encabezaba el capitán y sargento mayor Juan Juárez Gallinato, a bordo de un navío mediano; se acompañaba de dos

²¹ Morga, *op. cit.*, p. 47.

juncos, uno a cargo de Diego Veloso y el otro de Blas Ruiz de Fernán González. Así, con los ánimos más que optimistas y con aire de triunfalismo, zarpó de Manila en enero de 1596. El viaje a Camboya estuvo lleno de adversidades y malos temporales. Muy pronto, las tres embarcaciones se separaron, y la que capitaneaba Gallinato fue a parar, “con la fuerza del tiempo”, al estrecho de Singapur.²² Las otras dos corrieron con mejor suerte: lograron alcanzar el destino esperado y, navegando a través del río Mekong,²³ arribaron a una ciudad identificada por lusos y castellanos como Churdumuco —actualmente Phnom Penh, capital de Camboya—, uno de los ejes comerciales más importantes de la región, con una relevante presencia de chinos.

Al llegar, los españoles fueron recibidos con una inesperada noticia: los siameses habían sido expulsados gracias a “mandarines cambojas”, según expresión de Morga, y uno de dichos mandarines se había apoderado del trono, un personaje llamado Anacaparan.²⁴ Esto nos da una idea de la inestabilidad que se vivía en la región, pero también de la fuerte presencia china en Camboya. Fray Marcello Ribadeneyra, quien publicó en Barcelona en 1601 su *Historia de las islas del archipiélago...* gracias a los testimonios que fue recabando de los franciscanos que habían trabajado en Filipinas, China, Malaca, Siam, Camboya y Japón, narra en uno de sus capítulos que la gente de Veloso y Blas Ruiz no fue bien recibida en Churdumuco, donde encontraron hostilidad por parte de los comerciantes chinos que de inmediato advirtieron a los españoles “aquí no es como en Manila”,²⁵ dándoles a entender que se fueran de Camboya. Sin escuchar tales advertencias, los españoles decidieron quedarse en Churdumuco

²² De este suceso también da noticias Antonio de Morga, en una carta de 1597: *Carta de Morga sobre situación general*, AGI, *Filipinas*, 18B, r. 7, n. 56.

²³ El río Mekong —Mecón, en fuentes castellanas—, que en vietnamita significa “los nueve dragones”, es uno de los más grandes del mundo, y cruza gran parte de Camboya.

²⁴ Morga, *op. cit.*, p. 47.

²⁵ Marcello Ribadeneyra, *Historia de las islas del archipiélago, y reynos de la Gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Sian, Camboxa y Iappon*, [edición facsimilar], Barcelona, Empresa de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1601, p. 185.

alrededor de dos meses, esperando el arribo de Gallinato, cuya embarcación había sido desviada al salir de Manila.

El dominico fray Diego Aduarte, cuya obra *Historia de la provincia del Sancto Rosario...* se publicó en Manila en el año de 1640, y quien estuvo presente en aquella Jornada de Camboya, aseveró que habría alrededor de dos mil chinos cuando los españoles llegaron a Churdumuco, sin especificar cuántos de ellos eran habitantes radicados allí y cuántos estaban de paso para mercadear; sólo se limita a decir que “unos casados allí, otros mercaderes recién venidos de la China con sus mercaderías en cinco navíos grandes”.²⁶ Para ese entonces, Churdumuco era una ciudad cosmopolita, con numerosos extranjeros residiendo allí con fines comerciales y hablando diferentes lenguas además de la nativa, como el malayo de Champa o de las islas indonesias. Quizás el grupo más importante junto con los malayos era el de los chinos, como queda expresado anteriormente, pues ellos comerciaban en la región desde cuando menos el siglo XIII, de ahí que a la llegada de Veloso y Blas Ruiz habría, según David Chandler, cuando menos tres mil de ellos viviendo allí. El mismo autor sugiere que grupos de comerciantes chinos y malayos se habrían casado desde tiempo atrás con descendientes de la elite cambojana, estrechando las relaciones entre el rey, su entorno y los beneficios mercantiles.²⁷

Los dos meses de ríspida convivencia entre españoles y chinos en Churdumuco muy pronto se tradujeron en tensiones, lo que crispó los ánimos entre unos y otros. Según Miguel de Jaque de los Ríos, uno de los soldados que tomaron parte activa en la Jornada de Camboya y de quien disponemos varios documentos de archivo y un memorial, narró que

²⁶ Fray Diego Aduarte, *Historia de la provincia del Sancto Rosario de la orden de predicadores en Philippinas, Iapon, y China*, [edición facsimilar], Manila, Colegio de Sancto Thomas por Luis Beltrán, impresor de libros, 1640 p. 215.

²⁷ Chandler, *op. cit.*, p. 80. El mismo autor sugiere que también en Lovek, otra ciudad cambojana de importancia y situada al sur del lago Tonlé Sap, existían barrios o unidades de extranjeros residentes, tales como chinos, japoneses, árabes, portugueses e indonesios; véase p. 86 de la misma obra.

llegados [los españoles] que fueron al reino de Camboya con parte de la dicha armada estuvieron allí dos meses poco más o menos [...] y en estos comedios los chinas y malayos viendo que era poca gente maltrataban y herían a los dichos soldados [españoles] que iban a comprar de comer y otras cosas necesarias, y visto por los capitanes su desvergüenza pusieron en armas para ponerles algún temor y [...] dieron [los españoles] batería a los dichos navíos y sangleyes que estaban dentro donde se mató gran cantidad dellos y así les ganaron los navíos y se apoderaron dellos los dichos capitanes y españoles.²⁸

Aduarte, quien estaba ampliamente involucrado en las tareas militares y quien pensaba que la toma de Camboya se acompañaría de un proceso de evangelización del territorio a mano de los dominicos, justificó —como era de esperarse— la reacción violenta de los españoles, alegando que los chinos eran “soberbios y altivos, dominaban a los naturales, y sintieron la venida de los españoles, pareciéndoles que les habían de turbar, o quitar el mando, y superioridad, que tenían, que ya los conocían, unos por haber estado en Manila, otros por haber oído lo que allí pasa”.²⁹

Ahora bien, ¿qué actitud asumieron los camboyas frente al combate entre españoles y chinos en su propio territorio? El de meros espectadores —atónitos, ciertamente—, pero que, de ser necesario, es muy probable que hubiesen tomado partido por los chinos, según las relaciones que ya tenían establecidas desde tiempo atrás; incluso, al verse vencidos por los españoles, los chinos se refugiaron en casas de camboyas, porque al fin de cuentas la cercanía entre estos últimos resultaba más familiar que con los extraños recién llegados de Manila. Quedaba atrás, pues, el mito señalado por Sâtha, quien expresaba en su carta de 1593 que su pueblo esperaba la colonización y cristianización de los europeos con los brazos abiertos.

En cuanto al “rey tirano” Anacapan, al saber de la reyerta entre españoles y chinos en su propio territorio, mandó llamar a los “castillas” hasta su corte en Sistor, a unas ocho leguas de distancia

²⁸ “Petición de Miguel de Jaque de los Ríos de compañía y encomienda”, AGI, *Filipinas*, 38, n. 63, f. 13-13v.

²⁹ Aduarte, *op. cit.*, p. 215.

de Churdumuco. Una metáfora que empleó Aduarte para referirse a este hecho fue que los españoles, ante el llamado del rey, se comportaron como el “ladrón fiel”, es decir, decidieron enviarle a un soldado “en son de embajador, a darle parte de nuestra llegada, y trabajos, y ofrecerle nuestras personas a su servicio, pues veníamos a ayudar al rey de aquella tierra, y no hallábamos a otro sino a él”.³⁰

En palabras de Miguel de Jaque, con los pormenores que sólo un soldado que participa en un combate puede narrar, contó que el rey Anacaparan solicitó la presencia de cuarenta soldados españoles —nótese que aquí se incluían los portugueses— para recibir “la embajada que le traían”. Al aceptar esta propuesta, se trasladaron hasta Sistor pero al llegar no tuvieron la acogida que esperaban. Según Jaque, Anacaparan ordenó que los llevaran a un corral de espinas, “a manera de prisión”,

y estando allí los españoles alcanzaron a saber, de una lengua que se decía Domingo, de que tenía determinado el rey con todos sus grandes de darles una noche tenebrosa y matarles. Sabido por los españoles determinaron por salvar sus vidas, de dar en la casa del rey y matarlo o prenderlo, lo que se hizo así una noche, se pusieron en armas los dichos capitanes y soldados y dieron en la casa del rey, a donde tenía dos mil malayas de guarnición, poco más o menos, y mucha cantidad de elefantes, y visto por el rey el atrevimiento de los españoles desmamparon su casa y todos los suyos, de que los españoles se apoderaron de su casa, matáronle cantidad de elefantes y quemáronle mucha cantidad de pólvora y quemáronle una casa [...].³¹

En realidad, los españoles también mataron al mismísimo rey de Camboya. Otra narración del drama vivido en el asalto al palacio de Anacaparan proviene esta vez no de un soldado, sino de Gabriel de San Antonio, otro de los dominicos que junto con fray Diego Aduarte y Alonso Ximénez participaron en la Jornada de Camboya, interesados en que aquella misión se adjudicara a dicha orden predicadora. Así, en su *Breve y verdadera relación de los sucesos del reino de*

³⁰ *Ibidem*, p. 214.

³¹ “Petición de Miguel de Jaque de los Ríos de compañía y encomienda”, AGI, *Filipinas*, 38, n. 63, f. 13v.

Camboya, publicada en Valladolid en 1604, San Antonio describió cómo los españoles

pasaron dos ríos, y habiendo desbaratado las guardas que estaban en el puente de uno de los ríos, llegaron al palacio a las dos de la noche, y le acometieron con tanto esfuerzo, como si fueran leones. Rompieron muros, derribaron paredes, asaltaron torres, quebraron puertas, mataron hombres, y nadaban hechos rayos del cielo. Íbase el rey, huyendo con sus mujeres. Alcanzóle una bala y quitóle la vida. Y trabóse una guerra que temblaba la tierra que pisaban los castillas, espantada de lo que hacía. Salió el sol, viose el daño hecho, los palacios derribados, la tierra llena de muertos, las calles corriendo sangre, y las mujeres dando voces: unas, por los maridos, otras, por los hijos, otras por los hermanos. Y estaba la ciudad que parecía que se quemaba Roma, que se acababa Troya, o que se destruía Cartago.³²

Por la narración de Jaque y de San Antonio queda claro que si algo ayudó a los españoles en alzarse con la victoria en el combate fue no sólo por el efecto sorpresa de asaltar el palacio real por la noche y tomar desprevenidos a los guardias, sino por el uso de armas de fuego: según San Antonio, Anacapan murió por una bala cuando trataba de huir con su familia, mientras que los españoles quemaron las casas donde se guardaba la pólvora y mataron a cuanto elefante pudieron; los camboyas y malayos trataron de defenderse con flechas que en circunstancias como ésta no fueron suficientes. Ya hemos mencionado anteriormente la importancia de los elefantes como elementos simbólicos que servían de presentes en las embajadas, pero no debemos olvidar que en diversas naciones asiáticas se entrenaba a estos animales para la guerra; eran, pues, elementos de combate. Boxer menciona que parte de la potencia militar del sultán de Aceh por esas mismas fechas eran sus 600 elefantes entrenados para combate.³³ Algo que vale la pena destacar es que también fray Gabriel de San Antonio encontró una justificación de la masacre que cometieron sus compatriotas: la idea de guerra justa, argumentando

³² Al no contar con la edición facsimilar, nuestra consulta fue la de Gabriel de San Antonio, *Breve y verdadera relación de los sucesos del Reino de Camboya*, edición de Roberto Ferrando, Madrid, Historia 16, 1988, p. 59.

³³ Boxer, *op. cit.*, p. 122.

que ésta era válida como medio de propagación de la fe y salvación de las almas en Camboya.³⁴

Después del asalto al palacio, los españoles se retiraron hacia Churdumuco donde los esperaban los otros soldados que se habían quedado custodiando las embarcaciones. Allí, se encontraron con la sorpresa de la tardía llegada del capitán Juan Juárez Gallinato. Éste, enfadado por lo que sus soldados habían hecho y hallando “la tierra alborotada”, decidió retirarse a Manila. Aconsejado por sus soldados, Gallinato decidió antes de partir a Filipinas pasar al reino de Cochinchina porque se sospechaba que el rey de Tunquin tenía en sus manos el estandarte real y la galera que había quedado tras la muerte del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, pero le fue imposible recuperarla. Uno de los juncos que había zarpado con él desde Churdumuco y a cuyo cargo iba el capitán Luis Ortiz, se desvió hasta Malaca y después de pelear contra corsarios chinalpatanes regresó a Manila muchos meses después. Mientras, Veloso y Blas Ruiz se fueron por tierra hasta Laos para convencer al anterior rey depuesto de Camboya que regresara a gobernar. Así terminó aquella fallida jornada; algunos soldados que acompañaban a Gallinato resumen los ánimos que quedaron: “no faltaban muchos de los que con él venían que informaban con sentimiento la ocasión que había perdido por no haber hecho rostro ni detenerse en Camboja en tan buena coyuntura”.³⁵

Reacciones posteriores a la Jornada de Camboya

A principios de julio de 1596, llegó a Manila el sevillano Francisco Tello de Guzmán, tesorero de la Casa de la Contratación y caballero de la orden de Santiago. Tenía en sus manos un despacho que lo convertía en el nuevo gobernador de Filipinas, pero además tenía la importante comisión de reinstalar la Audiencia. Al llegar a Manila, el capitán Gallinato supo que Luis Pérez Dasmariñas había

³⁴ Un interesante análisis sobre la guerra justa en el contexto de la jornada de Camboya, se encuentra en Robert Richmond Ellis, *They Need Nothing. Hispanic-Asian Encounters of the Colonial Period*, Toronto, University of Toronto Press, 2012, p. 120-128.

³⁵ Morga, *op. cit.*, p. 61.

dejado de ser gobernador, por lo que rindió cuentas a Tello de Guzmán sobre lo acontecido en la Jornada de Camboya. Se formó entonces una comisión para que se informara inmediatamente a Felipe II sobre los pormenores de aquella épica batalla. Uno de los voluntarios, y al parecer, quien se encargó de llevar las cartas y relaciones hasta los reinos de Castilla, fue Miguel de Jaque de los Ríos, “a su costa y minción” y “con mucho trabajo y arriesgo de la vida por ser el viaje tan largo y peligroso”. Interesa destacar aquí que el viaje que realizó Miguel de Jaque fue por la vía de la India de Portugal, pasando por Goa y Cochín, en lugar de hacerlo por la vía de la Nueva España, porque el largo trayecto lo obligaba a pasar primero a Acapulco, de ahí por tierra a Veracruz para seguir hasta Sevilla.³⁶

El trayecto entre Filipinas y España por la vía de la India de Portugal debió ser más común de lo que pensamos, en especial en el periodo de unión de las Dos Coronas; pero incluso esta vía tenía dos trayectos, uno por Goa, que obligaba a rodear el Cabo de Buena Esperanza, y el otro que acortaba camino vía el Golfo Pérsico pues, cuando el gobernador Dasmariñas fue asesinado, la noticia “se supo con tanta brevedad en España por la vía de la India, pasando las cartas por la Persia a Venecia, que luego se trató de proveer nuevo gobernador”.³⁷ Asimismo, el gobernador y capitán general de Filipinas en 1602, don Pedro de Acuña, enviaba información administrativa hasta la metrópoli, por la vía de la India.³⁸ Interesa señalar, también, que a partir de 1648 se agregó una tercera vía en que circulaba información entre Filipinas y España, la llamada “vía del norte”, que pasaba por Batavia y las Provincias Unidas.³⁹

En lo que respecta a Luis Pérez Dasmariñas, cabe destacar que se convirtió en el portador de un discurso expansionista y, más convencido que nunca, continuó con los planes de incursionar en la península indochina, aunque en esta ocasión con un proyecto más

³⁶ Miguel de Jaque dedicó varios capítulos de su *Viaje a las Indias Orientales y Occidentales* a lo sucedido en Camboya en la jornada de 1596.

³⁷ Morga, *op. cit.*, p. 41.

³⁸ “Carta de Acuña sobre materias de gobierno”, AGI, *Filipinas*, 19, r. 3, n. 53.

³⁹ “Aviso a Curucelaegui del recibo de sus cartas”, AGI, *Filipinas*, 331, l. 8, f. 262v-263r.

ambicioso que consistía en lo siguiente: primero, enviar a Camboya un centenar de españoles, entre vecinos casados y religiosos, de manera que logran tener un asentamiento y plena comunicación con el rey de aquellas tierras. De esta manera, podrían fraguar un ataque al reino de Siam y apoderarse de aquel territorio. Segundo, escoger a dos personajes que, “con poder y fuerza”, logran asegurar aquella incursión para evitar lo que ocurrió en el año de 1596. Y para motivar a las autoridades en el Consejo de Indias para que aprobaran dicha misión, advertía:

no hay señor que diferir ni andar por las ramas, sino cerrar con el negocio que es bueno y riquísimo reino para V. M. y buen bocado para sus vasallos, y gran puesto y asiento para su evangelio y en forma para cuanto se puede desear y lo dicho en este caso es lo corriente y acertado, manos a la labor y lo que se hubiere de hacer tarde hágase temprano, crezca, crezca Señor la gloria de Dios y su Iglesia, la Corona de V. M. y la nación española en estas partes y grande mundo, pues Dios da ocasiones y abre camino para ello, que es señal que quiere que se haga.⁴⁰

Con un dejo de providencialismo, Dasmariñas tenía su propia trinidad: la Iglesia, la Corona y la nación española. Todas juntas reunidas en las antípodas del imperio español en Asia. ¿Por qué era importante la conquista de Indochina? Como lo explicamos en líneas anteriores, existían motivaciones diversas, una de ellas la económica. Es común encontrar en los escritos de la época largas listas de recursos naturales que se podían aprovechar en estas tierras; así, Ribadeneyra afirmaba que en Cochinchina (Vietnam) “produce la tierra tantas yerbas y árboles odoríferos, que los montes están oliendo, y algunos palos son de tan buen olor, que valen a peso de plata; y éstos se llaman sándalo y calamba, y los compran los gentiles para quemar los cuerpos de los muertos de la gente principal”.⁴¹ Y el mismo Ribadeneyra, sobre la capital del reino de Siam, destacaba

⁴⁰ “Carta de Luis Pérez Dasmariñas con relaciones de Cochinchina y Siam”, AGI, *Filipinas*, 19, r. 4, n. 57.

⁴¹ Ribadeneyra, *op. cit.*, p. 158.

la riqueza en algodón hilado, palo de Brasil, plata, plomo, benjuí⁴² y cuernos de venado.

En una serie de cartas escritas a Felipe III a principios del siglo XVII, una de ellas fechada el 15 de enero de 1600, Dasmariñas manifestaba con fervor que

la conquista, señor, del reyno de Sian es la cossa más conviniente al servicio de Dios y V. M. y bien de la nación española de quantas se pueden en todos estos reynos hacer, assi por ser rico y abundantísimo de bastimentos y cosas de pedrería y otras munchas de mercancías y tratos que tiene en sí de mucho ynteres y valor y porque está en medio y vezino de otros muchos reynos que lo temen y reconocen [...] y porque este rey de Sian es el más conocido y temido de todos y el más sobervio y que más ynauditas crueldades y ynfernales castigos hace de quantos hay [...].⁴³

Nótese el sentido de la frase de “la nación española” empleada por Dasmariñas, pues no sería la única ocasión en utilizarla. Destacaba la riqueza de aquellas tierras, pero también el sitio estratégico para continuar colonizando Asia. Persistía en la documentación la idea de conquistar la “tierra firme”, pues recordemos que Filipinas era un laberinto de más de siete mil islas, y quizás algunos españoles buscaban más lo continental, su medio natural. Esta concepción de lo que representaba la toma de Camboya, Champa o algún sitio de la península indochina, era compartida por Diego de Aduarte, quien en una carta suya fechada el 26 de junio de 1598, exhortaba al rey para tener un puerto en tierra firme, en pro de la “nación española”, es decir, la misma frase empleada por Dasmariñas. Más aún, Aduarte estaba convencido de que “tomando así puerto los españoles, serían señores de la mar y de la tierra”, pues el golfo de Cochinchina era “harto parecido al de España”.⁴⁴

⁴² *Ibidem*, p. 171. El “menjuy” o benjuí es una resina aromática de la planta *Styrax paralleloneurum*, muy apreciado en el comercio del sudeste asiático.

⁴³ “Carta de Luis Pérez Dasmariñas sobre Siam y China”, AGI, *Filipinas*, 19, r. 1, n. 1.

⁴⁴ “Carta del dominico Diego Aduarte sobre extenderse a reinos de tierra firme”, AGI, *Filipinas*, 84, n. 81.

Por último, el discurso providencialista de Dasmariñas era característico de los planes expansionistas de la monarquía católica de la época. Afirmaba, por ejemplo, que la posibilidad que se había abierto para los españoles de conquistar Camboya era “muestra y señal [...] y modo que tiene Dios con nuestros christianísimos y católicos reyes de lo mucho que les ama y cuán estimados y gratos le son sus servicios”.⁴⁵ Y concluía Dasmariñas que “la corona de V. M. y la nación española en estas partes y grande mundo, pues Dios da ocasiones y abre camino para ello que es señal que quiere que se haga”.⁴⁶

El empuje de Dasmariñas lo llevó a emprender una segunda jornada hacia Camboya, esta vez apoyado por el dominico fray Alonso Ximénez, quien —no obstante haber participado en la expedición anterior y haber caído preso por el rey de Tunquin en el viaje de regreso del capitán Gallinato hacia Manila— tuvo el aliento suficiente para querer regresar. Dasmariñas, solicitando la anuencia del gobernador Tello y de la Real Audiencia de Filipinas que se había reinstalado en 1598, puso toda su hacienda a disposición de la empresa. Esta vez la licencia vino no sólo del gobernador, sino de la misma Audiencia.⁴⁷

A mediados de julio de 1598, don Luis Pérez Dasmariñas se embarcó en Manila con doscientos hombres rumbo a Camboya. Iban soldados de su compañía, gente sin sueldo de Manila, naturales filipinos y algunos japoneses. La parte misionera estaba encabezada por los dominicos fray Alonso Ximénez y fray Diego Aduarte, que como mencionamos habían participado en la jornada de 1596; iba además el franciscano Joan Bautista. Como habían entrado los vendavales, hubo tiempo contrario que llevó a algunos hasta Macao, donde, según Morga, los portugueses lejos de auxiliarlos los hicieron prisioneros. La empresa no pudo componerse y los navíos que ha-

⁴⁵ “Carta de Luis Pérez Dasmariñas con relaciones de Cochinchina y Siam”, AGI, *Filipinas*, 19, r. 4, n. 57, f. 3.

⁴⁶ *Ibidem*, f. 2.

⁴⁷ Morga lo resumió de la siguiente manera: “Consultado lo que acerca desto parecía más conveniente, por el gobernador y presidente don Francisco Tello con el Audiencia y otras personas, religiosos y capitanes, se tomó resolución de que, pues don Luys se ofrecía a hacer a su costa esta jornada con las personas que le querían seguir en ella, se pusiese en ejecución”; Morga, *op. cit.*, p. 102.

bían zarpado juntos no volvieron a juntarse. Sólo una embarcación logró alcanzar Camboya, la del capitán Luis Ortiz, quien se reunió allí con Veloso y Blas Ruiz. Tras un tiempo de aguardar la llegada de Dasmariñas, estos tres personajes entendieron que la espera sería en vano, pues se enteraron de su desafortunado naufragio en China. Mientras, el clima de incertidumbre prevalecía en Camboya, pues aunque un hijo de Sâtha —antiguamente exiliado en Laos— llamado Prauncar había recuperado el trono, estaba rodeado de malayos que, en palabras de los españoles, no hacían más que conspirar en su contra. Surgió entonces un personaje conocido como “el malayo Lacasamana”, quien después de librar altercados con los españoles, un día emprendió una embestida contra ellos, quedando muertos Veloso y Blas Ruiz, dos de los principales protagonistas de esta historia. Así acabó, pues, esta intentona, que Morga resumió como sigue: “Con lo cual [la muerte de Veloso y Blas Ruiz] quedó la causa de los españoles en Camboja acabada y tan por el suelo, que el moro malayo y sus parciales quedaron dueños de todo”.⁴⁸ La monarquía, pues, libraba una lucha planetaria contra el islam, primero en la península ibérica y más tarde en Asia.

Reflexiones finales

De acuerdo con Roberto Ferrando, la expedición a Camboya de 1596 bien puede considerarse como “la última gran aventura conquistadora española por adquirir un nuevo reino”,⁴⁹ y sin embargo, se trata de un episodio poco abordado en la historiografía sobre las posesiones españolas en Asia. Los acontecimientos que rodearon este suceso están plagados de simbolismos que tocan las fibras de lo político, de lo económico, de lo social, pero también de lo religioso, elementos que, lejos de estar dispersos unos de otros, más bien se encuentran imbricados y dan lugar a fenómenos complejos propios de la sociedad de antiguo régimen. Como lo planteó C. R. Boxer, era natural, que des-

⁴⁸ Morga, *op. cit.*, p. 120.

⁴⁹ Roberto Ferrando, “Introducción”, en Roberto Ferrando (ed.), *Relaciones de la Camboya y el Japón*, Madrid, Historia 16, Colección Crónicas de América, n. 46, 1988, p. 8.

pués de las espectaculares conquistas de portugueses y españoles en la primera mitad del siglo XVI, haya dejado en muchos de sus compatriotas la convicción de que casi cualquier reino asiático podía ser conquistado tan sólo con una pequeña fuerza militar europea.⁵⁰

Después de las fallidas jornadas de Camboya, primero en 1596 y luego en 1598, Manila recibió el siglo XVII con agresiones de holandeses, chinos y japoneses, lo que hizo darse cuenta, a los españoles, del peligro exterior, pero sobre todo, “de la fragilidad de esa base”.⁵¹ Las constantes amenazas de “mindanaos” y “joloos” del sur estaba a la orden del día, y a principios del siglo XVII se agregó a las dificultades el problema sangley, ahora en la propia casa. No debemos perder de vista que, en contraposición con los ánimos triunfalistas de muchos, existió una fuerte oposición a los planes —no siempre bien cimentados— de expansión española en Asia, sobre todo porque la conquista de Filipinas estaba en etapa de consolidación. Más allá de las dificultades logísticas y militares que pudiera traer consigo la conquista española de Indochina, existía una realidad de la cual los promotores españoles no podían sustraerse: desde cuando menos el siglo XV, estos reinos libraban una serie de luchas intestinas que terminaron por involucrar a la Corona española en el siglo XVI. De acuerdo con Francisco Rodao, Siam y Camboya vieron en la Corona española una oportunidad de alianza, aunque cada uno por su lado.⁵² Después del fallido intento hispanolusitano, cuando menos el reino de Siam ofrecería su amistad a la otra potencia europea, la Francia de Luis XIV.

Desde el Consejo de Indias, se percataron de que la amenaza de los holandeses iba *in crescendo*, y es muy significativa una carta que envió el virrey de la India al gobernador Pedro de Acuña el 5 de mayo de 1601, diciéndole que acababa de llegar a la India y tenía como principal instrucción “extinguir la navegación de los holandeses de a todas estas partes del sur por ser su comercio en tanto perjuicio al servicio de Dios”.⁵³ Es decir que a los “moros e infieles” hay que

⁵⁰ Boxer, *op. cit.*, p. 118.

⁵¹ *Ibidem*, p. 36.

⁵² *Espanoles en Siam (1540-1939). Una aportación al estudio de la presencia hispana en Asia Oriental*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.

⁵³ “Carta de Acuña sobre materias de gobierno”, AGI, *Filipinas*, 19, r. 3, n. 53.

añadir otro enemigo más importante, el hereje, ya que el mismo día que se recibe la carta de Goa, el gobernador reúne una junta de guerra y en ella se decide que la armada que se pensaba mandar con Gallinato a Mindanao se uniera a aquella que mandaba el virrey de la India a las Molucas.

La jornada de Camboya de 1596 se dio en un momento de regresión y repliegue de las acciones españolas en el Extremo Oriente, al producirse justo después de la derrota de la Armada Invencible, lo que significó para España “la pérdida del dominio del mar”; estas circunstancias, siguiendo a Ferrando, pesaron fuertemente sobre el imperio hispanolusitano de Felipe III, y generaron dudas y desconfianza en el corazón de su administración.⁵⁴ Pero al contrario de lo que ocurría en la península, tal parece que, en el “tercer mundo”, la vitalidad y el empuje no se habían extinguido, y un grupo de hombres mantenía el orgullo y la grandeza renacentistas. Aun estando en las antípodas del imperio, es posible seguir la pista de la cultura imperial que predominó en la época y, en particular, en individuos con espíritu renacentista que se atrevieron a desafiar su propia existencia. Estos hombres, como Luis Pérez Dasmariñas y Diego Veloso, como fray Diego Aduarte y fray Alonso Ximénez, además de una considerable lista de personajes de la administración civil y religiosa en Filipinas, creían en el imperio más poderoso del mundo, soñando con la conquista de nuevos reinos como el de Camboya, soñando, a fin de cuentas, con un gran Pacífico (véase figura 2).

REFERENCIAS DE ARCHIVO

AGI Archivo General de Indias, Sevilla (España).

⁵⁴ Ferrando, *op. cit.*, “Introducción”, p. 7.

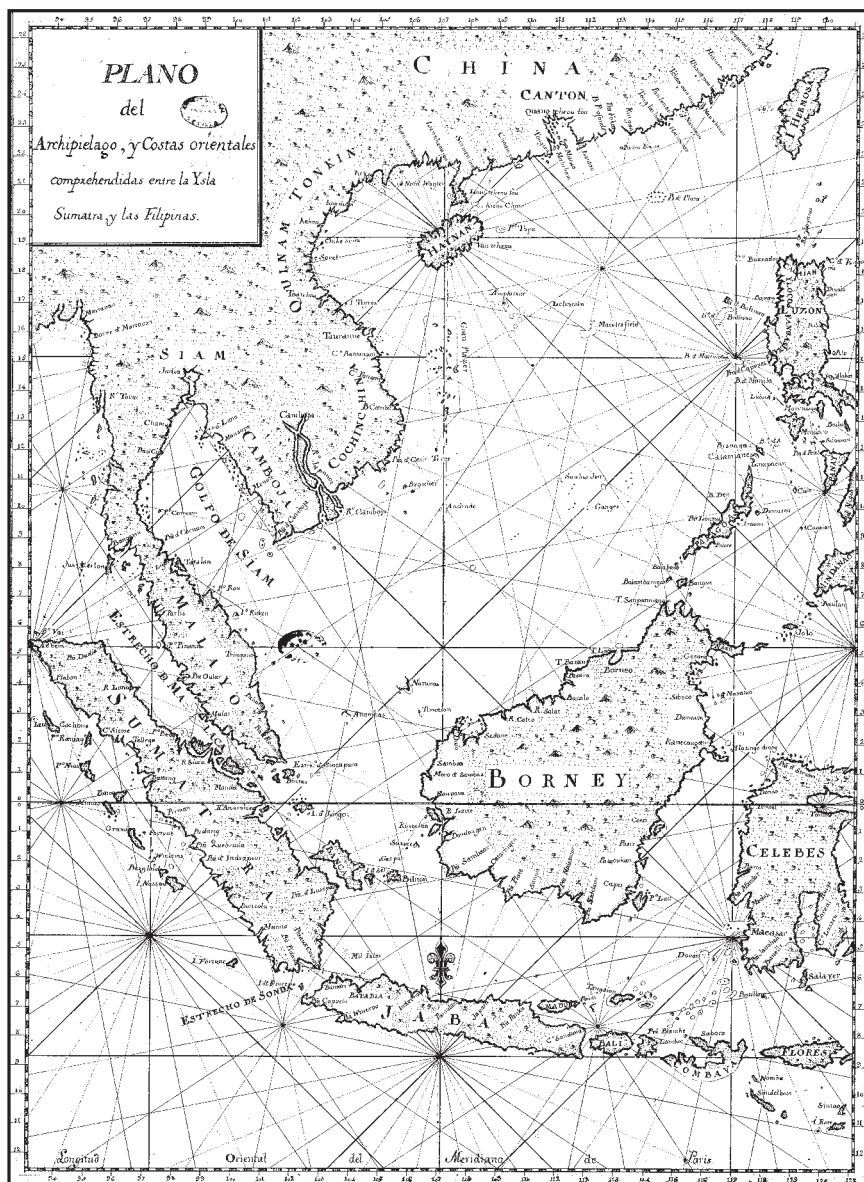


Figura 2. Plano del archipiélago y costas orientales comprendidas entre la Ysla Sumatra y las Filipinas (1787), AGI, Filipinas, MP-127